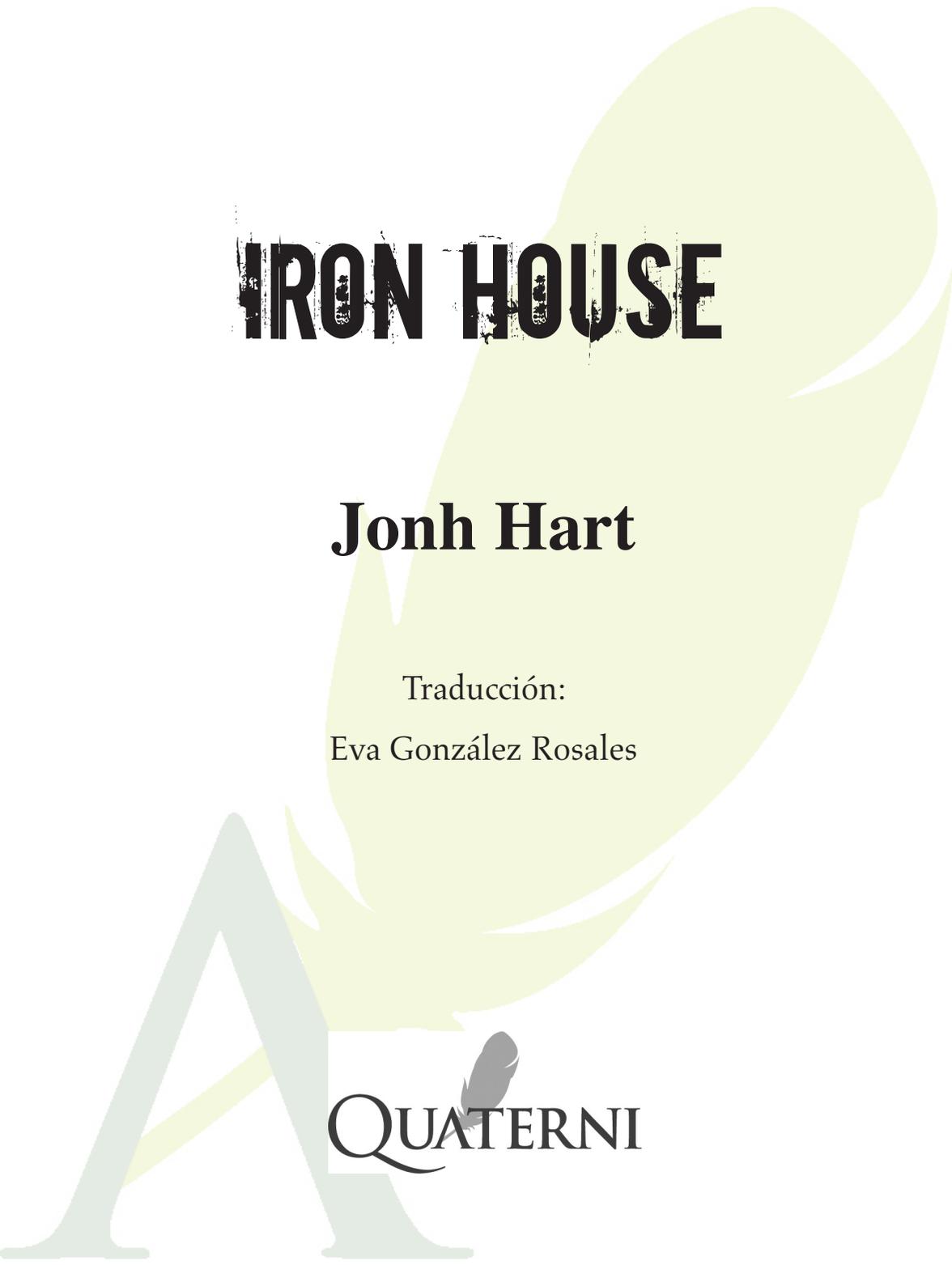


IRON HOUSE

Jonh Hart

Traducción:

Eva González Rosales


QUATERNI

Título original: Iron House
Copyright © 2011 by John Hart. All rights reserved

Copyright © 2012 Quaterni de la edición en lengua española para todo el mundo por acuerdo con St. Martin's Press, LLC

© Quaterni es un sello y marca comercial registrados

IRON HOUSE. Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagieren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ISBN: 978-84-940301-1-6

EAN: 9788494030116

BIC: FH

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6

Parque Empresarial Inbisa

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: info@quaterni.es

Internet: www.quaterni.es

Editor: José L. Ramírez C.

Diseño de colección: Quaterni

Diseño de cubierta: Manuel Dombidau Rodríguez

Imágenes: Shutterstock

Maquetación: Grupo RC

Impresión:

Depósito Legal: M-29101-2012

Impreso en España

18 17 16 15 14 13 12 (9)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

La tormenta azotaba los árboles de troncos duros, negros y ásperos como piedras cuyas ramas se combaban bajo el peso de la nieve. Era noche cerrada. Un chico corrió entre los troncos, se cayó, y continuó corriendo. La nieve se fundía contra el calor de su cuerpo, empapando su ropa que después se solidificaba al congelarse. Su mundo era blanco y negro, excepto en los puntos donde era rojo.

En sus manos y bajo sus uñas.

Incluso la hoja del cuchillo, uno que ningún niño debería poseer, estaba congelada.

Las nubes se rasgaron un instante, pero después la oscuridad se hizo completa y un tronco de hierro le hizo sangrar la nariz al golpear un árbol y caer de nuevo. Se incorporó y corrió a través de la nieve que se amontonaba hasta sus rodillas, hasta su cintura. Las ramas atrapaban su cabello y arañaban su piel. A lo lejos, arpones de luz y el sonido de la persecución manaban como la respiración de la garganta del bosque.

Largos aullidos en el amargo viento...

Perros más allá de la cresta...

CAPÍTULO 1

Michael se despertó buscando a tientas la pistola que ya no guardaba junto a la cama. Deslizó los dedos sobre la madera desnuda y se sentó, instantáneamente despejado, con la piel resbaladiza por el sudor y el recuerdo del hielo. No había movimiento en el apartamento, ni sonidos excepto los de la ciudad. La mujer a su lado se agitó en la cálida maraña de sábanas y su mano encontró la dura curva del hombro de Michael.

—¿Estás bien, cariño?

En la ventana abierta, una débil luz se filtraba a través de las cortinas. Michael se mantuvo de espaldas para que ella no pudiera ver al niño que aun persistía en sus ojos, la mancha del dolor que albergaba en un lugar tan profundo que ella aun no lo había encontrado.

—Una pesadilla, cielo. —Sus dedos encontraron el arco de la cadera de la chica—. Vuelve a dormirte.

—¿Estás seguro?

La almohada amortiguaba su voz.

—Por supuesto.

—Te quiero —le dijo, y volvió a hundirse en el sueño.

Michael observó cómo se desvanecía y después colocó los pies sobre el suelo. Se tocó las viejas cicatrices que habían dejado la congelación, los puntos muertos en las palmas de sus manos y en la punta de tres de sus dedos. Se frotó las manos y después las inclinó a la luz. Sus palmas eran amplias, sus dedos largos y estrechos.

Dedos de pianista, decía Elena a menudo, y él negaba con la cabeza.

Gruesos y llenos de cicatrices.

Las manos de un artista...

A ella le gustaba decir cosas así, palabras típicas de una optimista y una soñadora. Michael flexionó los dedos, escuchó el sonido de sus

palabras en la cabeza, la cadencia de su acento, y por un instante se sintió avergonzado. Había usado sus manos para muchas cosas, pero la creación no había sido una de ellas. Se incorporó y giró los hombros en círculos mientras Nueva York se solidificaba a su alrededor: el apartamento de Elena y el olor de la lluvia reciente sobre el pavimento caliente. Se puso los vaqueros y miró por la ventana abierta. La noche era una oscura mano sobre la ciudad cuya piel aun no estaba vetada de gris. Miró el rostro de Elena y, en la penumbra, le pareció pálido, suave y arrugado por el sueño. Yacía sin moverse en la cama que compartían y, cuando rozó su hombro con dos dedos, lo encontró cálido. Fuera, la ciudad crecía más oscura y silenciosa que nunca, una muda pausa en el fondo de una inspiración. Apartó el cabello del rostro de Elena y en su sien vio la hebra de su vida, constante y fuerte. Quiso tocar aquel pulso, asegurarse de su fortaleza y resistencia. El viejo estaba agonizando y, cuando estuviera muerto, irían a por él; y también irían a por Elena, para hacerle daño a través de ella. Elena no sabía nada de aquello: ni de las cosas de las que Michael era capaz, ni del peligro que había llevado hasta su puerta. Pero Michael haría todo lo posible por mantenerla a salvo.

Iría al infierno.

Y volvería ardiendo.

Aquello era verdad. Aquello era real.

Examinó su rostro en la tenue luz, la suave piel y los gruesos labios separados, el cabello negro que corría en ondas hasta su hombro para romperse allí como el oleaje. Se agitó en sueños y Michael sintió una momentánea desolación, la familiar certeza de que las cosas empeorarían antes de mejorar. La violencia lo había seguido como un aroma desde su infancia, y ahora también la había encontrado a ella. Por un instante, pensó de nuevo en que debería dejarla y desaparecer con sus problemas. Lo había intentado antes, por supuesto, y no una sola vez sino un centenar. Y aun así, con cada intento fallido, la certeza se había hecho más fuerte.

No podría vivir sin ella.

Conseguiría que funcionara.

Le pasó los dedos por el cabello y se preguntó de nuevo cómo había llegado hasta allí. ¿Cómo se habían estropeado las cosas tan rápido?

Se acercó a la ventana y movió la cortina lo suficiente para ver el callejón. El coche negro estaba aun allí, oculto en las lejanas sombras.

Las distantes luces de las farolas se reflejaban sobre el parabrisas de modo que no podía ver más allá del cristal, pero conocía al menos a uno de los hombres que estaban sentados dentro. Su presencia era una amenaza, y eso lo cabreaba más de lo que podía expresar. Había hecho un trato con el viejo, y esperaba que lo respetaran. La palabra aun tenía importancia para Michael.

Las promesas.

Las normas de conducta.

Miró una última vez a Elena y después sacó dos Colts 45 con silenciador del lugar donde los tenía escondidos. Estaban fríos pero conocía bien su tacto. Comprobó que estaban cargados y frunció el ceño mientras daba la vuelta a la mujer que amaba. Se suponía que ya había dejado atrás todo aquello, se suponía que debía ser libre. Pensó una vez más en el hombre del coche negro.

Ocho días antes habían sido como hermanos.

Michael estaba en la puerta, a punto de salir, cuando Elena pronunció su nombre. Se detuvo un momento y después dejó las armas y volvió a entrar en el dormitorio. La mujer estaba tumbada sobre su espalda y tenía un brazo extendido.

—Michael...

El nombre dejó una sonrisa en sus labios, y Michael se preguntó si estaría soñando. La mujer se movió y un cálido aroma a rosa se alzó en la habitación: era el olor de su piel, y de su cabello limpio. Era el aroma del hogar y del futuro, la promesa de una vida diferente. Michael dudó, y cogió su mano.

—Vuelve a la cama —le dijo.

El hombre miró hacia la cocina, donde había dejado las armas cerca de una lata de pintura amarilla. La voz de Elena apenas había sido un susurro y sabía que, si se marchaba, volvería a dormirse y después no lo recordaría. Podía salir y hacer lo que mejor hacía. Matarlos seguramente empeoraría las cosas, y seguramente otros los reemplazarían; pero era posible que el mensaje cumpliera su objetivo.

O quizá no.

Su mirada viajó desde Elena hasta la ventana. La noche era igual de negra, su piel igual de tersa. El coche estaba aun allí, como lo había estado la noche anterior, y la noche anterior a la anterior. No harían nada contra él hasta que el viejo muriera, pero querían ponerlo nervioso. Trataban de presionarlo, pero Michael solo quería retirarse.

Tomó aliento lentamente y pensó en el hombre que deseaba ser. Elena estaba allí, a su lado, y la violencia no tenía lugar en el mundo que anhelaban construir. Pero era realista, así que, cuando los dedos de la mujer se cerraron sobre los suyos, sus pensamientos no fueron solo de esperanza, sino también de venganza y disuasión. Un antiguo poema volvió a su mente.

Dos caminos se separan en un bosque amarillo...

Michael estaba en un cruce de caminos, todo se reducía a una elección. Volver a la cama, o coger las armas. Elena o el callejón. El futuro o el pasado.

Elena apretó su mano de nuevo.

—Ámame, cariño —le dijo, y eso fue lo que eligió.

La vida sobre la muerte.

El camino menos transitado.

El alba llegó a Nueva York infernalmente caluroso. Las armas estaban escondidas y Elena aun dormía. Michael estaba sentado con los pies sobre el alfeizar, mirando el callejón vacío. Se habían marchado sobre las cinco; retrocedieron por el callejón e hicieron sonar la bocina una vez mientras los perdía de vista. Si su objetivo había sido despertarlo o asustarlo, habían fracasado miserablemente. Llevaba fuera de la cama desde las tres, y se sentía bien. Michael examinó las puntas de sus dedos, manchadas de motas de pintura amarilla.

—¿Por qué sonríes, amor?

Su voz lo sorprendió y se giró. Elena estaba sentada en la cama, aletargada, y se apartó el largo cabello negro de la cara. La sábana cayó hasta su cintura y Michael puso los pies en el suelo, avergonzado por haber sido pillado en un momento de felicidad.

—Estaba pensando en algo —le contestó.

—¿En mí?

—Por supuesto.

—Mentiroso.

Estaba sonriendo, con la piel aun arrugada por el sueño. Arqueó la espalda al desperezarse y los nudillos de sus pequeñas manos se tiñeron de blanco.

—¿Quieres café? —le preguntó Michael.

—Eres un hombre maravilloso —le contestó, derrumbándose contra las almohadas con un sonido satisfecho.

—Dame un minuto.

Michael entró en la cocina y vertió leche caliente en una taza, y después café. Mitad y mitad, como a ella le gustaba. *Café au lait*. Muy francés. Cuando volvió la encontró con una de sus camisas, cuyas mangas se enrollaban holgadamente sobre sus delgados brazos. Le ofreció el café.

—¿Has dormido bien?

Elena asintió, con los ojos brillantes.

—He tenido un sueño que me ha parecido muy real.

—¿Sí?

Se hundió en la cama e hizo el mismo sonido satisfecho.

—Uno de estos días me despertaré antes que tú.

Michael se sentó en el borde de la cama y puso una mano sobre el puente de su pie.

—Claro que sí, cielo.

Elena era una dormilona, y Michael rara vez conseguía dormir más de cinco horas seguidas. Que se levantara de la cama antes que él era casi imposible. La observó mientras sorbía café y se recordó a sí mismo que debía intentar fijarse en sus pequeños detalles: el esmalte transparente que prefería en las uñas, la longitud de sus piernas, la pequeña cicatriz en su mejilla que era la única imperfección de su piel. Tenía las cejas negras, y unos ojos marrones que parecían de color miel bajo la luz adecuada. Era ligera y fuerte, una mujer hermosa en todos los aspectos, pero no era eso lo que Michael más admiraba de ella. Elena disfrutaba de las cosas más insignificantes: deslizarse entre unas sábanas limpias o probar comida nueva, que la abrieran la puerta antes de salir del coche. Creía que cada momento sería mejor que el anterior. Creía que la gente era buena, y eso la convertía en una gota de color en el mundo fundido en blanco de Michael.

Dio otro sorbo, y Michael fue consciente del momento exacto en el que descubrió la pintura de sus manos. Una pequeña arruga apareció entre sus cejas. La taza se separó de sus labios.

—¿Ya lo has pintado?

Intentó sonar enfadada pero no lo consiguió, y mientras él se encogía de hombros como respuesta a la pregunta, no pudo evitar que la sonrisa se instalara en su rostro. Elena los había imaginado pintando juntos (risas, pintura derramada), pero Michael no había podido evitarlo.

—Estaba demasiado entusiasmado —le dijo, y pensó en la fresca pintura amarilla de las paredes de la pequeña habitación al final del pasillo. Se suponía que era un segundo dormitorio, aunque no era mucho mayor que un vestidor. Tenía una alta y estrecha ventana con cristales de ondulados. La luz de la tarde haría que el amarillo resplandeciera como el oro.

Elena dejó el café y se apoyó contra la pared a su espalda. Sus rodillas convirtieron la sábana en una tienda de campaña.

—Vuelve a la cama. Te haré el desayuno.

—Demasiado tarde.

Michael se levantó y volvió a la cocina. Había puesto flores en un pequeño jarrón. La fruta estaba ya cortada, y el zumo servido. Añadió unos bollos recién hechos y lo puso todo en la bandeja.

—¿Desayuno en la cama?

Michael dudó, casi abrumado.

—Feliz Día de la Madre —consiguió decir finalmente.

—No es...

Elena se detuvo, y después lo entendió.

El día anterior le había dicho que estaba embarazada.

De once semanas.

Se quedaron en la cama casi toda la mañana (leyendo y hablando), y después Michael llevó a Elena a trabajar justo antes de que llegase la avalancha de gente para el almuerzo. Llevaba un sencillo vestido negro que acentuaba su piel bronceada y sus ojos oscuros. Con tacones medía uno setenta y se movía como una bailarina, tan elegante que a su lado él parecía anguloso y basto, fuera de lugar con sus vaqueros, sus pesadas botas y su gastada camiseta. Pero así había sido como lo había conocido: tosco y pobre, un estudiante a tiempo parcial que aun esperaba encontrar el modo de volver a la universidad.

Aquella había sido la mentira con la que había comenzado todo.

Se habían conocido hacía siete meses en una esquina cerca de la universidad de Nueva York. Vestido para mezclarse entre la gente y bien armado, Michael estaba trabajando y no tenía tiempo para hablar con chicas guapas. Pero cuando el viento se llevó su pañuelo, él lo atrapo por instinto y se lo devolvió con una floritura que la sorprendió. Ni siquiera ahora sabía de dónde había salido aquella

súbita delicadeza, pero ella, en aquel momento, se rió y, cuando él se lo preguntó, le dijo su nombre.

Carmen Elena del Portal.

Puedes llamarme Elena.

Lo había dicho con diversión en sus labios y fuego en sus ojos. Recordó sus dedos secos y el sincero aprecio de su mirada, un acento que parecía español. Se había metido un mechón rebelde de cabello tras la oreja derecha y había esperado con una temeraria sonrisa a que Michael le dijera su nombre. Él estuvo a punto de marcharse, pero no lo hizo. Fue su calidez, la total falta de miedo o duda. Así que, a las dos y cuarto de un martes, contra todo lo que le habían enseñado, Michael le dijo su nombre.

El real.

El pañuelo era de seda, demasiado ligero para aterrizar con tal fuerza en dos vidas. Les condujo a un café, después a más, hasta que los sentimientos llegaron con tal furia que su llegada lo pilló desprevenido. Y allí estaba ahora, enamorado de una mujer que pensaba que lo conocía, pero no era cierto. Michael estaba intentando cambiar, pero matar era fácil. Y dejarlo, difícil.

A medio camino del trabajo, Elena le cogió la mano.

—¿Niño o niña?

—¿Qué?

Era el tipo de cosas que preguntaba la gente normal, y Michael se quedó estupefacto ante la pregunta. Dejó de caminar, y la gente tuvo que rodearlo. Elena inclinó la cabeza.

—¿Esperas que sea un niño, o una niña?

Le brillaban los ojos con el tipo de satisfacción de la que él solo había leído en los libros, y mirarla entonces fue como mirarla el día que se conocieron, o peor. El aire contenía la misma carga eléctrica, la misma sensación de suavidad y propósito. Cuando Michael habló, las palabras surgieron de la parte más profunda de su ser.

—¿Quieres casarte conmigo?

Ella se rió.

—¿Así, sin más?

—Sí.

Puso la mano sobre la mejilla de Michael, y su sonrisa se desvaneció.

—No, Michael. No quiero.

—¿Por qué?

—Porque me lo estás pidiendo por la razón equivocada. Y porque tenemos tiempo. —Lo besó—. Un montón de tiempo.

En eso era en lo que se equivocaba.

Elena trabajaba como *maitre* en un caro restaurante llamado Chez Pascal. Era guapa, hablaba tres idiomas, y el propietario había contratado a Michael hacía ocho días, como lavaplatos, porque ella se lo había pedido. Michael le había contado que había perdido su anterior trabajo, que necesitaba ocupar los días antes de encontrar uno nuevo o de recibir la beca estudiantil, pero no había otro trabajo, ni ninguna beca estudiantil, solo eran dos mentiras más en un mar de miles. Pero Michael necesitaba estar allí porque, aunque nadie se atrevería a tocarlo mientras el viejo respirara, Elena no disfrutaba de aquella protección. La matarían solo por diversión.

—¿Se lo has contado a tu familia? —le preguntó Michael a dos manzanas del restaurante.

—¿Que estoy embarazada?

—Sí.

—No.

La emoción coloreó su voz: tristeza, y algo más oscuro. Michael sabía que Elena tenía familia en España, pero rara vez hablaba de ellos. No tenía fotografías, ni recibía cartas. Alguien la había llamado una vez, pero Elena colgó cuando Michael le dio el teléfono; al día siguiente, cambió el número. Michael nunca la presionaba pidiéndole respuestas, no sobre su familia o su pasado. Caminaron en silencio durante varios minutos. Una manzana después, ella lo cogió de la mano.

—Bésame —le pidió, y Michael lo hizo. Después, le dijo—. Tú eres mi familia.

En la puerta del restaurante, una marquesina azul ofrecía una estrecha sombra. Michael estaba casi enfrente, así que vio los daños de la puerta a tiempo de girar a Elena antes de que ella también los viera. Pero incluso de espaldas a la puerta, la imagen se quedó en su mente: madera astillada, esquirlas blancas que sobresalían del tinte caoba. Había cuatro agujeros de bala en un círculo de ocho centímetros a la altura de la cabeza; Michael sabía lo que había pasado. Un coche negro detenido junto al bordillo, un arma con silenciador. Desde el apartamento de Elena se tardaba menos de seis minutos conduciendo,

así que seguramente había ocurrido justo después de las cinco aquella misma mañana. Calles vacías. Nadie alrededor. Calibre pequeño, se imaginaba Michael, algo ligero y preciso. Una veintidós, quizá una veinticinco. Se apoyó contra la puerta, con una furia fría tras los ojos, y notó que las astillas le atravesaban la camisa.

—Si te pidiera que nos marcháramos de Nueva York, ¿lo harías?
—le preguntó cogiéndole la mano.

—Mi trabajo está aquí. Nuestras vidas...

—Si tuviera que irme, ¿vendrías conmigo?

—Este es nuestro hogar. Es aquí donde quiero criar a nuestro hijo... —Elena se detuvo, y la comprensión recorrió su rostro—. Hay mucha gente que cría a sus hijos en la ciudad...

Elena sabía que no le gustaba la ciudad, y Michael apartó la cara porque el peso de las mentiras se estaba haciendo demasiado insoportable. Podía quedarse allí y arriesgarse a la guerra que estaba por venir, o podía compartir la verdad y perderla.

—Escucha —le dijo—, hoy voy a llegar tarde. Díselo a Paul.

Paul era el propietario del restaurante. Aparcaba en el callejón, y seguramente no había visto la puerta.

—¿No vas a entrar?

—Ahora mismo no puedo.

—Yo te conseguí este trabajo, Michael.

Una chispa de inusual enfado.

—¿Me dejas las llaves? —le preguntó, extendiendo la mano.

Con desgana, Elena le entregó las llaves que Paul le dejaba usar. Abrió la puerta del restaurante y la sostuvo para ella.

—¿A dónde vas? —le preguntó Elena.

Tenía el rostro airado, aun estaba enfadada. Michael quería tocarle la mejilla y decirle que mataría o moriría para mantenerla a salvo. Que incendiaría la ciudad.

—Volveré —le dijo—. Quédate en el restaurante.

—Estás siendo muy misterioso.

—Tengo que hacer una cosa —le contestó—. Por el bebé.

—¿De verdad?

Michael colocó la mano sobre el vientre de Elena y se imaginó los muchos y violentos modos en los que podría acabar aquel día.

—De verdad —le contestó.

Y eso era cierto.